

LA HERMANA SOMBRA

LUCINDA RILEY

LA HERMANA
SOMBRA

La historia de Star

Traducción de
Sergio Lledó Rando
y Ana Isabel Sánchez Díez

PLAZA  JANÉS

Título original: *The Shadow Sister*
Primera edición: marzo, 2017

THE SHADOW SISTER (Book 3)
Copyright © 2016, Lucinda Riley

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Sergio Lledó Rando y Ana Isabel Sánchez Díez, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-01835-0
Depósito legal: B-453-2017

Compuesto en Revertex, S. L.

Impreso en Liberdúplex
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

L 0 1 8 3 5 0

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Flo

Mas dejad que en vuestra unión crezcan los espacios.
Y dejad que los vientos del cielo dancen
entre vosotros.

KHALIL GIBRAN



Listado de personajes

ATLANTIS

Pa Salt – padre adoptivo de las hermanas (fallecido)

Marina (Ma) – tutora de las hermanas

Claudia – ama de llaves de Atlantis

Georg Hoffman – abogado de Pa Salt

Christian – patrón del yate

LAS HERMANAS D'APLIÈSE

Maia

Ally (Alción)

Star (Astérope)

CeCe (Celeno)

Tiggy (Taygeta)

Electra

Méropé (ausente)

Star

Julio de 2007



Astrantia major
(*astrancia mayor* – familia *Apiaceae*)

Nombre en latín del que deriva Star, «estrella» en inglés

1

Siempre recordaré con exactitud dónde me encontraba y qué estaba haciendo cuando me enteré de que mi padre había muerto...»

Con la pluma aún suspendida sobre la hoja de papel, levanté la mirada hacia el sol de julio... o al menos hacia el pequeño rayo de luz que se las había ingeniado para colarse entre el cristal y la pared de ladrillos rojos que tenía a pocos metros de distancia. Todas las ventanas de nuestro minúsculo apartamento daban directamente a su insipidez, así que, a pesar del fantástico tiempo que hacía aquel día, el interior estaba oscuro. Era muy diferente al hogar de mi infancia, Atlantis, a orillas del lago de Ginebra.

Me di cuenta de que, cuando CeCe entró en nuestro triste saloncito para decirme que Pa Salt había muerto, estaba sentada exactamente en el mismo lugar que en aquel momento.

Dejé la pluma sobre la mesa y fui a servirme un vaso de agua del grifo. El ambiente era húmedo y sofocante a causa del calor pegajoso, de manera que bebí con avidez mientras sopesaba el hecho de que en realidad no necesitaba hacer todo aquello, someterme al dolor del recuerdo. Había sido Tiggy, mi hermana pequeña, quien me había sugerido la idea cuando la vi en Atlantis justo después de la muerte de Pa.

«Star, cariño —me dijo cuando varias de las hermanas salimos a navegar por el lago con el único objetivo de intentar distraernos de nuestra pena—, sé que te cuesta hablar de cómo te sientes. También sé que estás llena de dolor. ¿Por qué no pruebas a escribir lo que piensas?»

Hacía dos semanas, durante el vuelo de regreso a casa desde

Atlantis, había reflexionado sobre las palabras de Tiggy. Y aquella era la tarea que había emprendido esa mañana.

Clavé la vista en la pared de ladrillos y pensé que era una metáfora perfecta de mi vida en aquellos precisos instantes, cosa que al menos me hizo sonreír. Y la sonrisa me llevó de vuelta a la mesa de madera arañada que nuestro turbio casero debía de haber conseguido casi gratis en una tienda de segunda mano. Volví a sentarme y agarré de nuevo la elegante pluma que Pa Salt me había regalado cuando cumplí veintiún años.

—No comenzaré con la muerte de Pa —me dije en voz alta—. Empezaré con cuando llegamos aquí, a Londres.

Me sobresalté con el estrépito de la puerta de entrada al cerrarse y enseguida supe que se trataba de mi hermana, CeCe. Todo lo que hacía era estruendoso. Parecía ser superior a sus fuerzas posar una taza de café sin estamparla contra la superficie y derramar su contenido por todas partes. Tampoco había llegado nunca a comprender el concepto de «voz de interior» y hablaba a gritos, hasta el punto de que una vez, cuando éramos pequeñas, Ma se preocupó tanto que la llevó a que le examinaran el oído. Por supuesto, le dijeron que CeCe no tenía ningún problema de audición. Al igual que tampoco me detectaron ningún problema a mí cuando, un año más tarde, Ma me llevó a un logopeda intranquila por mi falta de habla.

—Las palabras están ahí, pero prefiere no usarlas —le había explicado el terapeuta—. Ya lo hará cuando esté lista.

En casa, en un intento por comunicarse conmigo, Ma me había enseñado los rudimentos del lenguaje de signos francés.

—De esta forma, siempre que quieras o necesites algo —me dijo—, podrás utilizarlo para decirme cómo te sientes. Y así es como me siento yo ahora mismo respecto a ti. —Se señaló a sí misma, cruzó las palmas de las manos sobre su corazón y luego me señaló a mí—. Te quie-ro.

CeCe también lo aprendió enseguida y las dos adaptamos y expandimos lo que había comenzado como una forma de comunicación con Ma hasta transformarla en nuestro propio idioma secreto, una mezcla de signos y palabras inventados que utilizábamos cuando había gente a nuestro alrededor y necesitábamos hablar. Las dos habíamos disfrutado con las caras de asombro de nuestras her-

manas cada vez que yo le signaba un comentario malicioso durante el desayuno y las dos estallábamos en carcajadas incontenibles.

Al mirar hacia atrás, me daba cuenta de que CeCe y yo nos habíamos ido convirtiendo en antitéticas mientras crecíamos: cuanto menos hablaba yo, más alto y más a menudo hablaba ella por mí. Y cuanto más lo hacía ella, menos necesitaba hacerlo yo. En pocas palabras, nuestras personalidades se habían exagerado. Era algo que no parecía importar cuando éramos niñas, apiñadas como estábamos en el medio de nuestra familia de seis hermanas: siempre podíamos recurrir la una a la otra.

El problema era que ahora sí importaba...

—¿A que no sabes qué? ¡Lo he encontrado! —CeCe irrumpió en el salón—. Y podemos mudarnos dentro de unas semanas. El constructor todavía tiene que rematar los acabados, pero cuando lo termine será increíble. Dios, qué calor hace aquí dentro. Qué ganas tengo de salir de este sitio.

CeCe se dirigió a la cocina y oí el ruido del grifo cuando se abre a tope. Supe que, muy probablemente, el agua habría salpicado todas las encimeras que yo había limpiado con tanta meticulosidad hacía un rato.

—¿Quieres un poco de agua, Sia?

—No, gracias.

Aunque CeCe solo lo usaba cuando estábamos a solas, me reprendí mentalmente por permitir que el apodo que mi hermana me había puesto cuando éramos pequeñas me molestara. Procedía de un libro que Pa Salt me había regalado por Navidad, *La historia de Anastasia*, que trataba de una joven que vivía en los bosques de Rusia y descubría que era una princesa.

—Se parece a ti, Star —había dicho una CeCe de cinco años mientras contemplábamos los dibujos del cuento—. A lo mejor tú también eres una princesa; desde luego, con ese pelo dorado y esos ojos azules, eres tan guapa como una de ellas. Voy a llamarte «Sia». ¡Y, además, queda perfecto con «Cee»! Cee y Sia, las gemelas.

Y se puso a dar palmas, encantada.

Solo más tarde, cuando descubrí la verdadera historia de la familia real rusa, comprendí lo que les había ocurrido a Anastasia Romanova y sus hermanos. No tenía nada que ver con un cuento de hadas.

Y por otra parte yo ya no era una niña, sino una mujer de veintisiete años.

—Estoy completamente segura de que te va a encantar el apartamento. —CeCe reapareció en el salón y se desplomó sobre el rasguñado sofá de cuero—. He concertado una cita para que vayamos a verlo mañana por la mañana. Es un montón de pasta, pero ahora puedo permitírmelo, sobre todo teniendo en cuenta que el agente inmobiliario me ha comentado que la City está revuelta. No puede decirse que los sospechosos habituales estén haciendo cola para comprar en estos momentos, así que hemos acordado un precio rebajado. Ya es hora de que nos busquemos un hogar como es debido.

«Ya es hora de que me busque una vida como es debido», pensé yo.

—¿Vas a comprarlo? —pregunté.

—Sí. Mejor dicho, lo compraré si te gusta.

Me quedé atónita, no sabía qué decir.

—¿Estás bien, Sia? Pareces cansada. ¿No has dormido bien esta noche?

—No.

A pesar de todos mis esfuerzos, se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar en las largas horas de insomnio que se desbordaban hasta el amanecer mientras lloraba a mi adorado padre, pues seguía siendo incapaz de creer que se hubiera marchado.

—Todavía estás en estado de choque, ese es el problema. Al fin y al cabo, solo han pasado un par de semanas. Te sentirás mejor, te lo prometo, especialmente cuando mañana veas nuestro nuevo apartamento. Lo que te está deprimiendo es este lugar asqueroso. A mí me deprime, eso está clarísimo —añadió—. ¿Has escrito ya al tipo del curso de cocina?

—Sí.

—¿Y cuándo empieza?

—La semana que viene.

—Bien. Así tendremos tiempo de ir eligiendo los muebles para nuestra nueva casa. —CeCe se acercó a mí y me dio un abrazo espontáneo—. Estoy impaciente por enseñártela.

—¿No es increíble?

CeCe abrió los brazos de par en par para abarcar el espacio cavernoso; su voz retumbó contra las paredes mientras se dirigía al frontal acristalado y deslizaba una de las puertas hasta abrirla.

—Y mira, este balcón es para ti —anunció al tiempo que me hacía gestos para que la siguiera.

Salimos al exterior. «Balcón» era una palabra demasiado humilde para describir el lugar donde nos hallábamos. Se trataba más bien de una terraza larga y preciosa suspendida sobre el río Támesis.

—Puedes llenarla de todas tus hierbas y de esas flores con las que te gustaba entretenerte en Atlantis —agregó CeCe cuando se acercó a la barandilla para examinar el agua gris que se divisaba mucho más abajo—. ¿No te parece espectacular?

Asentí, pero mi hermana ya estaba regresando al interior, así que eché a andar tras ella.

—La cocina aún no está montada, pero en cuanto haya firmado tendrás total libertad para escoger qué fogones quieres, qué frigorífico y todo lo demás. Para eso vas a ser profesional —dijo guiñándome un ojo.

—Lo dudo, CeCe. No voy a hacer más que un curso corto.

—Pero tienes mucho talento; estoy segura de que conseguirás trabajo en algún sitio cuando vean lo que eres capaz de hacer. Como sea, pienso que es perfecto para nosotras dos, ¿no crees? Puedo utilizar ese extremo para mi estudio. —Señaló una zona aprisionada entre la pared más alejada y una escalera de caracol—. La luz es simplemente fantástica. Y tú te quedas con una cocina enorme y el espacio exterior. Es lo más cercano a Atlantis que he podido encontrar en el centro de Londres.

—Sí. Es precioso. Gracias.

Me daba cuenta de lo emocionada que estaba con su hallazgo, y lo cierto era que el apartamento era impresionante. No quise reventar su burbuja diciéndole la verdad: que vivir en lo que equivalía a una caja de cristal inmensa e impersonal con vistas a un río turbio no podría ser más distinto a vivir en Atlantis ni aunque lo hubiera intentado.

Mientras CeCe y el agente inmobiliario hablaban de los suelos de madera clara que iban a instalarse, sacudí la cabeza para alejar mis pensamientos negativos. Sabía que me estaba comportando

como una cría caprichosa. A fin de cuentas, en comparación con las calles de Nueva Delhi o con los poblados chabolistas que había visto a las afueras de Nom Pen, un apartamento a estrenar en el centro de Londres no era exactamente una desdicha.

Pero el caso era que en realidad yo habría preferido una cabaña diminuta y sencilla —que por lo menos tendría los cimientos asentados con firmeza en la tierra—, con una puerta principal que diera directamente a un pequeño terreno exterior.

Sin prestar atención, oí a CeCe charlar acerca de un mando a distancia que abría y cerraba las persianas y otro que activaba los invisibles altavoces de sonido envolvente. A espaldas del agente inmobiliario, mi hermana me signó «Marrullero» y puso los ojos en blanco. Conseguí dedicarle una leve sonrisa a modo de respuesta, a pesar de que me sentía desesperadamente claustrofóbica por no poder abrir la puerta y salir corriendo... Las ciudades me asfixiaban; el ruido, los olores y las hordas de gente me abrumaban. Pero al menos el apartamento era amplio y espacioso...

—¿Sia?

—Perdona, Cee, ¿qué has dicho?

—¿Vamos al piso de arriba a ver nuestra habitación?

Subimos por la escalera de caracol hasta el cuarto que CeCe había dicho que compartiríamos pese a que había otro dormitorio. Y sentí que un escalofrío me recorría de arriba abajo aun cuando me puse a contemplar las vistas, que desde allí arriba sí que eran espectaculares. Después examinamos el maravilloso cuarto de baño adjunto y me convencí de que CeCe había hecho todo lo posible por encontrar un apartamento bonito que nos fuera bien a las dos.

Pero la verdad era que no estábamos casadas. Éramos hermanas.

Después, CeCe insistió en arrastrarme hasta una tienda de muebles en King's Road; a continuación, cogimos el autobús para volver cruzando el río sobre el Albert Bridge.

—Este puente lleva el nombre del marido de la reina Victoria —le dije por costumbre—. Que también tiene un monumento conmemorativo en Kensington...

CeCe me interrumpió realizando el signo de «fanfarrona» delante de mi cara.

—En serio, Star, ¿no me digas que todavía vas por ahí arrastrando una guía de viaje?

—Sí —reconocí, e hice nuestro signo para «empollona».

Me encantaba la historia.

Nos bajamos del autobús cerca de nuestro apartamento y CeCe se volvió hacia mí.

—¿Por qué no vamos a picar algo al final de la calle? Deberíamos celebrarlo.

—No tenemos dinero.

«O al menos —pensé—, está claro que yo no lo tengo.»

—Yo invito —me tranquilizó CeCe.

Fuimos a un pub de la zona y CeCe pidió una cerveza para ella y una copa de vino pequeña para mí. Ninguna de las dos bebíamos mucho; mi hermana, en particular, era casi incapaz de tolerar el alcohol, algo que había aprendido por las malas después de una fiesta adolescente especialmente escandalosa. Mientras ella esperaba junto a la barra, yo reflexioné acerca de la misteriosa aparición de los fondos a los que CeCe había accedido al día siguiente de que Georg Hoffman, el abogado de Pa, nos hubiera entregado a todas las hermanas unos sobres de parte de nuestro padre. CeCe había ido a Ginebra a verlo. Le había suplicado a Georg que me dejara entrar en la reunión con ella, pero él se había negado rotundamente.

—Lo lamento, tengo que seguir las instrucciones de mi cliente. Vuestro padre insistió en que cualquier reunión que pudiera mantener con sus hijas se llevara a cabo de manera individual.

Así que yo esperé en recepción mientras ella entraba a hablar con él. Cuando salió, me percaté de que estaba tensa y emocionada.

—Lo siento, Sia, pero he tenido que firmar una estúpida cláusula de privacidad. Seguro que es otro de los jueguecitos de Pa. Lo único que puedo decirte es que tengo buenas noticias.

Hasta donde yo sabía, aquel era el único secreto que CeCe me había ocultado a lo largo de nuestra relación, y yo seguía sin tener ni idea de la procedencia de todo aquel dinero. Georg Hoffman nos había explicado que el testamento de Pa dejaba claro que las hermanas tan solo continuaríamos recibiendo nuestras muy ajustadas asignaciones. Pero también que teníamos la posibilidad de acudir a él para solicitar dinero extra si era necesario. Así que quizá solo tuviéramos que pedirlo, tal como presumiblemente había hecho CeCe.

—¡Chinchín! —CeCe entrechocó su botella de cerveza con mi copa—. Por nuestra nueva vida en Londres.

—Y por Pa Salt —dije levantando mi vino.

—Sí —convino—. Lo querías mucho, ¿no es así?

—¿Tú no?

—¡Pues claro que sí, muchísimo! Era... especial.

Observé a CeCe cuando llegó nuestra comida y empezó a comérsela con ganas. Pensé que, a pesar de que las dos éramos sus hijas, el dolor por la muerte de Pa parecía ser solo mío, no de ambas.

—¿Crees que deberíamos comprar el apartamento?

—CeCe, es decisión tuya. Yo no voy a pagarlo, así que no me corresponde hacer comentarios al respecto.

—No seas tonta, ya sabes que lo que es mío es tuyo y viceversa. Además, si alguna vez decides abrir la carta que te dejó, a saber qué te encuentras dentro —me alentó.

No había parado de insistir desde que nos habían entregado los sobres. Ella había abierto el suyo de inmediato, y esperaba que yo hiciera lo mismo.

—Venga, Sia, ¿no piensas abrirlo? —me había instado.

Pero yo era simplemente incapaz... Porque, hubiera lo que hubiese dentro, significaría aceptar que Pa se había ido. Y yo todavía no estaba preparada para dejarlo marchar.

Cuando terminamos de comer, CeCe pagó la cuenta y volvimos a nuestro apartamento, desde donde llamó por teléfono al banco para que transfirieran el depósito del piso nuevo. Después se acomodó ante su ordenador portátil sin dejar de quejarse de los fallos de la banda ancha.

—Ven y ayúdame a elegir sillones —me gritó desde el salón mientras yo me dedicaba a llenar con agua tibia nuestra bañera amarillenta.

—Estoy dándome un baño —contesté, y eché el pestillo.

Me metí en el agua y hundí la cabeza hasta sumergir los oídos y el pelo. Escuché los sonidos acuosos —«sonidos uterinos», pensé— y decidí que tenía que escapar antes de volverme completamente loca. Nada de todo aquello era culpa de CeCe y, sin duda, no quería terminar pagándolo con ella. La quería. Había estado a mi lado cada día de mi vida, pero...

Veinte minutos después, tras haber tomado una determinación, entré en el salón.

—¿Te ha sentado bien el baño?

—Sí. CeCe...

—Mira, fíjate qué sillones he encontrado.

Me hizo gestos para que me acercara a ella. Obedecí y miré sin ver los distintos matices de un color crema.

—¿Cuál prefieres?

—El que más te guste a ti. El diseño de interiores es lo tuyo, no lo mío.

—¿Qué te parece ese? —CeCe señaló la pantalla—. Por supuesto, tendremos que ir a probarlo, porque no puede reducirse todo a un asunto de estética. También tiene que ser cómodo. —Apuntó el nombre y la dirección del distribuidor—. ¿Crees que podríamos ir mañana?

Respiré hondo.

—CeCe, ¿te importaría que regresara a Atlantis durante un par de días?

—Claro que no, Sia; si es lo que quieres, miraré vuelos para las dos.

—La verdad es que estaba pensando en ir sola. Es decir... —Tragué saliva y cogí fuerzas para no perder el impulso—. Ahora mismo tú estás muy liada aquí con el asunto del apartamento, y sé que tienes todo tipo de proyectos artísticos que estás deseando poner en marcha.

—Sí, pero un par de días fuera no serían un problema. Y si es lo que necesitas, no pasa nada, lo entiendo.

—En serio —repuse con firmeza—, creo que preferiría ir sola.

—¿Por qué?

CeCe se volvió hacia mí con los ojos almendrados desmesuradamente abiertos a causa de la sorpresa.

—Solo porque... sí. Simplemente quiero sentarme en el jardín que ayudé a Pa Salt a plantar y abrir su carta.

—Entiendo. De acuerdo, muy bien —dijo encogiéndose de hombros.

Sentí que una capa de escarcha caía sobre nosotras, pero esta vez no pensaba ceder ante ella.

—Me voy a la cama. Me duele muchísimo la cabeza —anuncié.

—Te llevaré un analgésico. ¿Quieres que te mire los vuelos?

—Ya me he tomado uno. Y sí, me harías un gran favor, gracias.
Buenas noches.

Me agaché y le di un beso a mi hermana en la reluciente cabeza oscura, con el pelo rizado cortado, como siempre, en un estilo masculino. Después me encaminé hacia el minúsculo escobero con dos camas que llamábamos nuestra habitación.

La cama era dura y estrecha, y el colchón muy fino. Aunque las dos habíamos disfrutado del lujo de una infancia privilegiada, habíamos pasado los últimos seis años viajando alrededor del mundo y durmiendo en vertederos, pues ninguna de las dos habíamos querido pedirle dinero a Pa Salt ni siquiera cuando estábamos realmente necesitadas de él. CeCe siempre había sido muy orgullosa, razón por la que me sorprendía tanto que ahora diera la sensación de estar gastando a espuestas un dinero que únicamente podía proceder de Pa.

Tal vez le preguntase a Ma si sabía algo más, pero era consciente de que la discreción prevalecía como su principal característica cuando se trataba de difundir rumores entre las seis hermanas.

—Atlantis —murmuré.

«Libertad.»

Y aquella noche me quedé dormida casi de inmediato.